

---

# EL MOVIMIENTO ANTINUCLEAR EN LAS SOCIEDADES SOVIÉTICAS

Agnes Heller y Ferenc Feher

---

*análisis y debate*

---



2

## *Introducción*

Este artículo trata de justificar una predicción que contradice las esperanzas, ilusiones o, en ocasiones, incluso errores del movimiento pacifista occidental. Dicho crudamente, nuestra predicción es la siguiente: de todos los posibles movimientos sociales de carácter autónomo, el movimiento antinuclear es el menos susceptible de llegar a revestir importancia y el menos susceptible de ejercer algún impacto sobre el curso futuro de las sociedades soviéticas<sup>1</sup>.

Formulado de forma algo más suave podemos afirmar que, si surgieran movimientos antinucleares a gran escala en las sociedades soviéticas, inmediatamente se convertirían en portavoces de otras causas sociales más amplias y más complejas, o degenerarían hasta convertirse en carnavales pacifistas patrocinados por el Estado. Es esta la tesis que trataremos de defender aquí.

No estamos especialmente interesados en entrar en el debate sobre cuáles de los grupos «pacifistas» o «antinucleares» existentes en las sociedades soviéticas están patrocinados por el Estado y cuáles son realmente autónomos, aun cuando la posibilidad de establecer una distinción entre unos y otros sea crucial para nuestra argumentación. En pocas palabras, las organizaciones pacifistas oficiales forman parte de la táctica y la estrategia de las capas dirigentes en la Unión Soviética, por razones que o bien son obvias o bien quedarán claras en nuestra exposición. Por otro lado, y principalmente en la URSS, ha habido y quizá habrá de nuevo militantes independientes que traten de llevar a cabo una auténtica campaña en favor del desarme nuclear bilateral. Su destino es a la vez previsible e inevitable: la mayoría de ellos han sido ya detenidos y serán condenados por «calumnias a la sociedad socialista». Su actividad no ha suscitado un gran interés en esta sociedad, ni es probable que lo suscite en el futuro, por razones que constituyen el tema de este artículo. En un solo país, Alemania Oriental, existe un movimiento *pacifista* de carácter predominantemente —aunque no en exclusiva— religioso, débil pero no carente de apoyos en ciertos sectores de la sociedad, que finge estar de acuerdo con la ideología del partido (cosa que simplemente está obligado a hacer para sobrevivir) pero es en cierta medida autónomo, y pacifista en sentido estricto, y por consiguiente no específicamente antinuclear. En el extremo opuesto hay un régimen soviético, Rumania, donde el Estado desempeña, en unas campañas oficiales por todo lo alto y con el inconfundible *Beigeschmack* de las operetas vienesas, el papel de un movimiento pacifista autónomo que sigue de cerca un guión estrictamente orquestado y supervisado. Hungría es, una vez más, una sociedad «abierta» y extraordinariamente inventiva: intenta la cuadratura del círculo. Ha inventado un movimiento pacifista no oficial, pero tampoco del todo autónomo, que se protege enérgicamente contra la presencia de elementos disidentes en sus filas, demostrando con ello su grado de autonomía. En definitiva, no es un invento demasiado impresionante, y a continuación trataremos de explicar las causas del desinterés generalizado por las iniciativas pacifistas o antinucleares en las sociedades soviéticas, algo que contrasta notablemente con lo que sucede en Europa Occidental.

Parece necesaria otra matización. Aquí nos basamos enteramente *en nuestras experiencias personales*, así como *en las experiencias personales de otros observadores* debidamente relatadas y registradas, y no en un estudio o sondeo de opinión a gran escala sobre bases científicas, con todas las incertidumbres e inexactitudes que este método implica. Sólo podemos garantizar que no hemos desfigurado retrospectivamente nuestras impresiones, experiencias y recuerdos personales.

Finalmente, es necesario establecer una distinción entre las siguientes perspectivas cuando se analizan las actitudes en las sociedades soviéticas ante las armas nucleares y su posible uso: el punto de vista de la cúspide y el de la base, el oficial y el no oficial, el soviético (en el sentido ruso) y el europeo oriental. La cúspide, es decir, lo que se entiende por *nomenklatura* o aparato dirigente, ha creado un medio homogéneo de comunicación pública que trataremos de analizar más adelante. Por ahora señalemos simplemente que la *nomenklatura* reivindica para sí el papel de único abogado y campeón de la paz. De acuerdo con sus declaraciones políticas, el destino de la paz depende directamente de la fuerza de la Unión Soviética, incluyendo su poderío militar. Cuando otros reúnen un arsenal nuclear se les califica de amenaza para la paz mundial. Cuando, por el contrario, son ellos quienes lo hacen, su único motivo es la defensa de la paz mundial. Por consiguiente, los funcionarios, incluidos los «pacifistas» profesionales, por amplios de miras que sean y dispuestos que estén a admitir pasados errores y excesos, jamás reconocerán, ni siquiera de forma hipotética, que las armas nucleares soviéticas *pudieran* ser una *amenaza potencial* para la humanidad.

La «base» social tiene un punto de vista diferente sobre esta cuestión, como de hecho lo tiene sobre otras muchas. En lo que respecta a las armas nucleares, sin embargo, este

distanciamiento de la postura oficial es claramente visible en su *argumentación*, aunque no en lo que respecta al *resultado final*. Sin embargo, la «base», que en las sociedades soviéticas casi siempre se explaya en conversaciones confidenciales y, en algunos casos, a través de publicaciones de tipo *samizdat*, se diferencia netamente de la «cúspide»: tiene sus propios intereses, consideraciones y formas de pensar. La distinción entre lo «oficial» y lo «no oficial» es muy similar —pero no idéntica— a la distinción entre la «cúspide» y la «base». La «cúspide» podría jugar con los sentimientos de la «base», que no pueden expresarse en el lenguaje y los medios de comunicación oficiales sino sólo a través de «reuniones informativas confidenciales». Y, a la inversa, la «base» habla en ocasiones el lenguaje de la «cúspide» también en la esfera privada, aunque a veces con tal franqueza que los funcionarios no pueden reconocerlo abiertamente como suyo. Por consiguiente, la distinción entre lo «oficial» y lo «no oficial» coincide en buena medida con la distinción entre la «cúspide» y la «base», pero no abarca el mismo espacio.

Más consideración merece la distinción entre lo soviético (lo ruso) y lo europeo oriental, aunque aquí, una vez más, la conclusión que sacamos es en gran medida la misma: que el movimiento antinuclear no tiene grandes posibilidades en ninguna de las versiones de la sociedad soviética, si bien por distintas razones. Uno de los principales rasgos del consenso (enormemente reaccionario) entre la «cúspide» y la «base» en el Estado paternalista postestalinista es el chovinismo ruso. No disponemos aquí de espacio para analizar este fenómeno, al que se ha prestado mucha atención en diversos estudios recientes<sup>2</sup>. Para lo que nos proponemos, bastará citar un reciente artículo de los «marxistas disidentes» Roy y Zhores Medvedev<sup>3</sup>, que asimila casi por entero los puntos de vista del aparato dirigente soviético-ruso que, por otra parte, critican de forma abierta (aunque con una cierta estrechez de miras), al menos en lo que a las armas nucleares se refiere. La identificación con el aparato ruso, sus intereses y sus consideraciones es algo que, por razones obvias, está totalmente ausente del escenario de la Europa Oriental ocupada. Esto hace que sea metodológicamente necesario analizar por separado ambos escenarios.

### *La nomenklatura y la amenaza nuclear*

Como antes dijimos, la imagen oficial e insistentemente aireada que el aparato dirigente ofrece de sí mismo es la de su completa y exclusiva identificación con la «causa de la paz»: de acuerdo con esta imagen, él es el único que representa a la humanidad amante de la paz frente a toda clase de partidarios de la guerra. ¿Ha de ser esto entendido como una simple forma de engañar a los políticamente ingenuos, como un mero ejercicio de propaganda? La respuesta es por fuerza dialéctica: sí y no. Por supuesto, hay engaño y hay propaganda. En primer lugar, los dirigentes de la URSS no han renunciado, ni podrán renunciar nunca, a su reivindicación de la victoria en lo que ellos llaman el «proceso revolucionario mundial» y que, en términos más sencillos, significa el triunfo global del sistema soviético de la «dictadura sobre las necesidades» (otra cuestión es en qué medida esta dominación exclusiva sería una solución viable a largo plazo). Esta opción es obviamente incompatible con la reivindicación del amor y la paz que constantemente hacen los «pacifistas» oficiales del régimen. Al menos teóricamente, el objetivo declarado del «proceso revolucionario mundial» tiene que conllevar la guerra como una de sus opciones, y posible, aunque no necesariamente, también la guerra nuclear limitada o al menos el uso limitado de las armas nucleares<sup>4</sup>.

Hoy en día casi nadie recuerda, a pesar de que se trata de un hecho histórico, que Stalin, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando habría tenido que ser consciente de que en el futuro todas las guerras mundiales desembocarían, antes o des-

pués, en un conflicto nuclear, declaraba rotundamente que sólo se podría impedir una «guerra determinada»: las guerras como tales seguirían siendo inevitables mientras existiera el capitalismo. Es cierto que esta tesis suya, junto con varias otras, fue rectificada por el XX Congreso del PCUS. Pero el XX Congreso está ahora muerto y enterrado, y sus principales decisiones, las críticas muy superficiales y limitadas de Krushev a Stalin, han sido en buena medida revocadas. En concreto, ¿quién sabe si las tesis estalinistas de la inevitabilidad de las guerras han sido o no «confidencialmente» restauradas y tienen plena validez? Lo único cierto es que la dirección Brezhnev-Andropov aprueba el desarme unilateral nuclear o no nuclear (en el caso de otros), pero no lo practica ni lo imita. Finalmente, es difícil entender de dónde sacan los Medvedev la siguiente convicción: «En ninguna declaración oficial se ha planteado jamás seriamente la posibilidad de que la URSS ganara esa guerra (nuclear). De hecho, a la población soviética se le ha dicho que la guerra nuclear a escala global es una locura y que nadie sobreviviría a ella»<sup>5</sup>. Obviamente, hay mucha confusión en las declaraciones acerca de una cuestión tan delicada como la de una guerra nuclear «ganable», y los mariscales soviéticos o los ministros de Defensa de Europa Oriental, al igual que los presidentes norteamericanos, hablan de forma irresponsable y engañosa sobre este tema. Sin embargo, el hecho es que, comenzando por el mariscal Malinovski y su discurso ante el XXII Congreso del PCUS, se podrían citar frases de *todos* los ministros de Defensa soviéticos y de *todos* los comandantes en jefe del Pacto de Varsovia que afirman o sugieren que la «comunidad socialista» pagaría con la misma moneda en caso de ser objeto de un ataque nuclear, y estas represalias llevarían a la aniquilación del capitalismo. Implícitamente, esto sólo puede significar que la guerra nuclear es considerada *ganable*. Y lo que es aún más importante —y esto se aplica a *ambas* superpotencias—: nadie sacrifica tanto dinero y tantas energías en los preparativos de una guerra que los respectivos dirigentes políticos consideran como impensable. Pero volver esta frase del revés para decir que los preparativos de la guerra nuclear implican *ipso facto* que las potencias en cuestión están de hecho preparadas para emprender una guerra termonuclear sería igualmente erróneo, también en ambos casos. Lo más probable es que reine una cierta inestabilidad en las especulaciones estratégicas acerca de la ganabilidad de una guerra nuclear en los principales círculos políticos, lo que, en cualquier caso, es un factor extremadamente peligroso. Esta inestabilidad está alimentada por la total irresponsabilidad moral de los dirigentes tanto soviéticos como americanos. Unos y otros piensan sólo en el éxito y ninguno considera moralmente inconcebible (aunque sí la consideren físicamente posible) la perspectiva de que sobrevivamos en un mundo en el que los seres humanos hayan sido exterminados en su mayor parte por una guerra desencadenada como resultado de sus esfuerzos conjuntos. Así pues, la pretensión de los miembros de la *nomenklatura* de ser los apóstoles de la paz es un ejercicio de propaganda descaradamente fraudulenta.

Por otra parte, en esta pretensión hay también elementos auténticos. Aunque en varias ocasiones hemos afirmado que la dictadura soviética sobre las necesidades *no* es un sistema socialista<sup>6</sup>, hasta ahora al aparato dirigente le ha resultado imposible romper formal y públicamente con el vocabulario socialista y plantear explícitamente los verdaderos objetivos sociales de la nueva sociedad. Sin embargo, mientras permanezcan dentro del marco de una fraseología socialista, simplemente no pueden descartar la paz como consigna central de su política, al ser inseparables los objetivos últimos del socialismo y el sueño de una paz eterna. Por consiguiente, los gestos de paz son engañosos pero forman parte integrante de su actuación pública. Y, lo que es mucho más importante, Rusia sufrió tanto en las dos guerras mundiales que la palabra «paz» resulta allí atractiva para todos, y el rechazo del objetivo último de la paz sería prácticamente imposible para cualquier gobierno. Pero hay incluso indicios de que en ciertos períodos, y durante el gobierno de ciertos dirigentes, la inestabilidad de las especulaciones estratégicas antes mencionadas estuvo presente en un grado mucho menor que en otros. Por ejemplo, tras la

muerte de Stalin, Malenkov pareció adoptar la postura de que una guerra nuclear que amenazara a toda nuestra civilización no sería ganada (aunque es difícil decir si lo hizo por razones tácticas o de otro tipo). Kruschev, a pesar de ser un comediante nato, parece haberse sentido auténticamente escandalizado por las humanitarias ideas de Mao Zedong acerca de la emancipación mundial<sup>7</sup>. Fue el «moderado» y «realista» Brezhnev quien puso todas sus esperanzas en la superioridad militar de la URSS y quien, por consiguiente, posiblemente se hiciera ilusiones acerca de la ganabilidad de una guerra nuclear. Pero incluso en su caso encontramos indicios de lo contrario. Su insistencia en los tratados SALT, por supuesto, entra dentro de las consideraciones puramente tácticas pero indica, incluso en este hombre mediocre y por lo demás totalmente carente de escrúpulos, una cierta dosis de realismo resultante del miedo.

En la actualidad, hasta donde podemos ver, los principios y consideraciones por los que se guía el aparato dirigente soviético en lo referente a la ganabilidad de una guerra nuclear están compuestos y condicionados (dejando a un lado los conocimientos tecnológicos, con respecto a los cuales dependen por completo de sus especialistas) por las siguientes tesis, a menudo contradictorias. En primer lugar, temen constantemente ser superados por los americanos. Los hermanos Medvedev afirman con razón —y este es un resultado de la naturaleza tecnológicamente parasitaria y dependiente de la economía de la dictadura sobre las necesidades— que siempre que ha habido una innovación, las nuevas familias de armas nucleares y sus aviones de transporte han sido siempre introducidos por el complejo militar americano (lo que no añaden, por supuesto, es que los soviéticos no sólo han copiado inmediatamente los nuevos inventos sino que, además, los han producido regularmente en grandes cantidades, con la vana esperanza de que el nuevo intento fuera la «última palabra» y les diera por tanto la superioridad final). Así pues, los dirigentes soviéticos están constantemente alerta y preparados para un nuevo ciclo en la carrera de armamentos. En segundo lugar, y en flagrante contradicción con lo anterior, si bien los soviéticos tienen un complejo de inferioridad en el terreno tecnológico, en el terreno sociológico y político tienen un creciente sentimiento de superioridad sobre Occidente. Están cada vez más convencidos, especialmente desde Vietnam y el asunto Watergate (que fue para ellos la prueba definitiva de la despreciable falta de autoridad en esa sociedad ingobernable), que Occidente tiene los pies de barro y que una combinación de gestos de amenaza y frases de paz obligará a los países de Occidente a hacer importantes concesiones políticas y económicas. En tercer lugar, la relativa fuerza del complejo militar-industrial en la Unión Soviética crece constantemente. Las tesis de Castoriadis acerca de la «estratocracia», sociedad dirigida por militares, es discutible, incluso después de los sucesos de Polonia y la ley marcial. Sin embargo, la tesis de Medvedev según la cual no hay un complejo militar-industrial en la URSS porque todo está controlado por el partido no es una afirmación digna de ser tomada en serio, porque no sólo es sociológicamente absurda, sino que además es lógicamente incorrecta. El hecho de que el Partido tenga el control y el arbitraje final no impide la existencia de un complejo militar-industrial. La cuestión es cómo cortar y repartir el pastel, y aquí todos los grupos de presión, y el ejército no menos que otros, tienen voz en el asunto. Finalmente, para añadir un dato más al conjunto de contradicciones, mientras que el papel de los militares crece constantemente, de forma que no se puede excluir en algún momento del futuro una toma oficial del poder (aunque esto implicaría una ruptura *oficial* con la fachada socialista, grave convulsión en la historia soviética), el único *telos* que legitimaría el dominio del ejército —la victoria en una guerra nuclear de carácter mundial— parece, en última instancia, excluido. Esto se debe en parte a que en ambos sistemas los militares están mejor informados y son, por consiguiente, más escépticos que los civiles por lo que respecta a las posibilidades de supervivencia, y esta consideración prevalecerá finalmente, o al menos así lo esperamos, sobre la inestabilidad de las especulaciones estratégicas. Sin embargo, esto también se debe en parte a que, como señalan los Medvedev refiriéndose a

Europa Occidental, aunque la Unión Soviética quisiera conquistar el mundo, ciertamente no querría heredar un espacio lleno de escombros nucleares.

Hemos descrito las dos estrategias alternativas del aparato dirigente soviético en materia de guerra nuclear. En definitiva, cualquiera que sea la alternativa puesta en práctica, está excluida la existencia de movimientos antinucleares autónomos, por lo que a las intenciones de la «cúspide» se refiere, y en una medida mucho mayor que la existencia de cualquier otro movimiento que aspire a una cierta autonomía. Si el aparato dirigente decidiera desencadenar una guerra nuclear en una jugada suicida y comenzara a prepararse para ella, es obvio que no toleraría la existencia de movimientos antinucleares autónomos. Sin embargo, si se decidiera por la otra alternativa, incomparablemente más realista —y en nuestra opinión esto es lo que hará en última instancia—, y utilizara la igualdad nuclear, o su mínima superioridad eventual, como escudo e instrumento para una expansión mundial, tampoco podría tolerar una agitación antinuclear. De hecho, es más fácil y más realista imaginar un compromiso entre un movimiento obrero políticamente moderado y neutralizado (posible sucesor de *Solidaridad*) y el aparato dirigente, que un compromiso entre este último y cualquier movimiento antinuclear medianamente serio. No hay ningún miembro de la oligarquía dirigente, ya sea halcón o paloma, partidario de la línea dura o «liberal», que no esté absolutamente convencido de que la oligarquía tiene la prerrogativa exclusiva de tomar decisiones en materia nuclear.

### *La base*

Se podría objetar que el análisis anterior es igualmente aplicable al comportamiento de la élite del poder en Estados Unidos. Sin duda lo es. Después de todo, si pudiéramos escuchar las conversaciones del Capitolio o del Pentágono oíríamos, muy probablemente, tesis notablemente similares, aun cuando estuvieran apoyadas en argumentos tecnocráticos de diferente tipo. Sin embargo, no es la existencia de una democracia y una opinión pública en una de las sociedades y su ausencia total en la otra lo que queremos subrayar aquí, aun cuando discrepemos profundamente del neoleninismo de los hermanos Medvedev, que consideran las diferencias insignificantes. Lo que nos gustaría subrayar más bien es que la base social, aun cuando sus intereses estén lejos de ser los mismos que los de la «cúspide», por una serie de razones que analizaremos más adelante, no está en su inmensa mayoría interesada en apoyar un movimiento antinuclear serio. Los militantes de tentativas en este sentido pueden sufrir persecuciones y cumplir largas condenas de cárcel sin adquirir siquiera la aureola de mártires conferida a algunos de sus compañeros de persecución (por ejemplo, los militantes de movimientos religiosos o nacionalistas).

El primer y principal factor es que mientras que la vida del ciudadano medio en Occidente está determinada por la *inseguridad* (especialmente reforzada durante la última década como consecuencia de una depresión capitalista cada vez más profunda), la vida del súbdito de las sociedades soviéticas está determinada por una *falta total de libertad*. La inseguridad general dominante y en rápido aumento proporciona una respuesta a la pregunta: ¿por qué ha surgido el movimiento antinuclear *precisamente ahora*, tras una coexistencia de casi cuatro décadas con la bomba? <sup>8</sup>. De hecho, el incremento de la inseguridad es la única respuesta global que podemos encontrar al «fenómeno antinuclear». Aunque parece fuera de toda duda que la administración Reagan es el peor gobierno de los Estados Unidos en toda la postguerra, no creemos que un análisis objetivo pudiera señalar un solo hecho que corroborara que el peligro realmente mayor de una guerra nuclear haya sido causado por esta administración. Hay, por supuesto, muchos aspectos de las actividades de esta superpotencia que refuerzan tales apariencias, como la ruptura casi total de comunicaciones con la otra superpotencia ya mencionada. Tampoco negamos

el hecho de que el presupuesto militar haya sido incrementado enormemente bajo el mandato de Reagan, ni el carácter socialmente escandaloso de este presupuesto cuando se le compara con el intento de destruir progresivamente el sistema de asistencia social. Lo que negamos terminantemente es que un incremento del presupuesto militar sea un indicio automático de un incremento de la amenaza de guerra nuclear.

Si aceptamos esto veremos en los movimientos antinucleares de Occidente unos movimientos simbólicos, llenos de aspectos democráticos positivos, pero también llenos de la intolerancia y la retórica de los gestos románticos que dan rienda suelta a los sentimientos de inseguridad engendrados por el hundimiento de la sociedad opulenta, la desaparición de la seguridad en el trabajo, el temor a un medio realmente amenazado y una forma de vida amenazada por una industrialización excesiva e incontrolada. Esto también explicaría el hecho de que el movimiento está lastrado por importantes elementos de nacionalismo antiamericano, especialmente en Alemania Occidental y el Reino Unido. Este nuevo antiamericanismo, justo castigo a la arrogancia de una posición dominante ahora perdida, muy probablemente para bien, es un sentimiento que, pese a su vocabulario a menudo izquierdista, no tiene necesariamente un carácter de izquierdas (de hecho, en Alemania puede ser, y a menudo es, ultraderechista, o es portavoz de agravios antiguos y ocultos por las «humillaciones de la guerra») y es esencial para el movimiento. La argumentación, no sociológica sino psicológica, contra los peligros inminentes de la actual situación utilizada por el movimiento antinuclear, principal portavoz de este sentimiento antiamericano, es sumamente reveladora en lo que respecta a la atmósfera reinante de inseguridad como base del movimiento. Si se planteara la cuestión de si Europa Occidental está o no *directamente* expuesta a un peligro por parte de Estados Unidos nadie respondería afirmativamente. Una afirmación como esta normalmente no tendría sentido. Por lo que respecta a la amenaza soviética, nos encontramos, en cambio, con una minimización y una subestimación casi histérica del peligro muy real de que se produzca una finlandización de Europa, hasta el punto de que activistas como Rudolf Bahro están abogando, de hecho, por esa opción<sup>9</sup>. Así pues, hablando en términos lógicos, queda en pie el argumento psicológico que dice así: la alianza occidental es demasiado fuerte, demasiado amenazadora. Esto podría o bien llevar a una pérdida del autocontrol por su parte, o bien provocar una pérdida del autocontrol por parte de los otros. En ambos casos lo más probable es que los habitantes de Europa Occidental fueran sacrificados. Está muy claro que éste es un caso obvio de preocupaciones suscitadas por la inseguridad, un caso en el que la bomba pierde realmente su carácter disuasorio ya que, después de todo, ¿quién podría ser disuadido de algo si en el otro extremo hay personas que se ven en la compleja situación mental de ser demasiado débiles por ser demasiado fuertes<sup>10</sup>.

Nada semejante puede hallarse en la atmósfera opresiva del Estado neoestalinista. Básicamente estamos de acuerdo con Zaslavsky en su descripción estructural del paternalismo postestalinista que está tan falto de libertad como el Estado estalinista, pero que, en tiempos de Kruschev, puso término a los devastadores períodos y ciclos de la «revolución desde arriba» y, a cambio de la libertad confiscada, proporciona un cierto tipo de seguridad. Se trata de la seguridad de una vida falta de libertad, de una vida sin objetivos ni actividades políticas, una vida sin una auténtica cultura, una vida sin la responsabilidad de tener opiniones propias, pero innegablemente una vida no expuesta, salvo en la cúspide, a los riesgos de la competición, de la pérdida del propio prestigio a causa de la incompetencia o simplemente de la mala suerte en una sociedad dinámica y egoísta, de una vida que no exige la molesta tarea de decidir el propio destino. Por consiguiente, todo lo que a la gente le gusta y le disgusta en este mundo tiene poco que ver con la inseguridad y sólo se puede expresar en y a través de una categoría primordial: la falta de libertad<sup>11</sup>.

Por supuesto, todo esto no significa que el *miedo* no desempeñe un papel en la vida de la sociedad soviética. Por el contrario, en tiempos de Stalin el miedo se convirtió en una forma de vida para el ciudadano soviético y lo ha seguido siendo desde entonces. Pero este miedo es un sentimiento definido, fácilmente comprensible, fácilmente interiorizable, muy distinto de la ansiedad polifónica y sin objeto que surge de la inseguridad causada por el capitalismo occidental. Ni que decir tiene que la falta de inseguridad (el anverso de la cual es la autorrenuncia a la libertad) no es algo positivo. Sus devastadores resultados se pueden observar en los dos polos de la vida soviética: en la búsqueda por Solzhenitsyn de una autoridad fuerte y su desprecio hacia una «democracia débil» y en la conciencia creciente del aparato dirigente, a veces reflejada, incluso, en publicaciones todavía esporádicas e inmediatamente reprimidas, que trata a la libertad como una quimera y al Estado fuerte y al gobierno paternalista como las únicas realidades sociales.

¿De qué tienen miedo las sociedades soviéticas (las rusas, no las de Europa Oriental) y de qué no lo tienen? Sobre todo, el «ciudadano» medio no vive allí bajo el miedo a la guerra nuclear. De hecho, la amenaza nuclear apenas ocupa un espacio en su pensamiento y reflexiones cotidianos. Cuando los hermanos Medvedev escriben que «un ataque preventivo por parte de los Estados Unidos... es una posibilidad imaginable y aterradora para los dirigentes soviéticos»<sup>12</sup>, muy bien pudieran estar en lo cierto. Sin embargo, lo que hacen una vez más es identificarse con su tema favorito, el aparato dirigente. Por lo que respecta al ciudadano medio, sus sentimientos son muy diferentes. Ni siquiera la famosa cuestión ecológica, el uso pacífico de la energía nuclear, ha sido un tema ampliamente debatido por la opinión pública no oficial en las sociedades soviéticas (rusas o no rusas) por razones bastante obvias. Las sociedades regidas por la «dictadura sobre las necesidades» son sociedades «estúpidas». Han llevado la industrialización hasta extremos patológicos, pero no han satisfecho nunca sus necesidades consumistas. Por consiguiente, la gente, consciente de que no hay forma de volver atrás, suspira ahora por la satisfacción, e incluso la saturación, de los bienes de consumo y no se preocupa en absoluto por la contaminación, las consecuencias ecológicas y los peligros potenciales del uso pacífico de la energía nuclear. Es totalmente cierto, a este respecto, que existe una discrepancia entre los sentimientos populares y las actitudes de los intelectuales disidentes. Una parte significativa de la oposición, especialmente en la URSS, está muy interesada por los problemas del medio ambiente y el crecimiento «canceroso» de la industria. Los hermanos Medvedev (de los cuales, especialmente Zhores, durante sus años de emigración, llevó a cabo una valiosa labor revelando las catástrofes ocurridas en centrales nucleares de la Unión Soviética, catástrofes que, ni decir tiene, no han sido nunca mencionadas en la prensa) alertaron a la opinión pública acerca de ciertas consecuencias irreversibles de las aventuras agrícolas de Kruschev ya a comienzos de la década de 1960. Para Solzhenitsyn, quien fue el primero en hablar del crecimiento «canceroso», la industrialización ha sido uno de los principales blancos de su odio. Sin embargo, al menos en esta etapa, estos sentimientos son, en su inmensa mayoría, exclusivos de los intelectuales y, en general, se contraponen a los de la población, que desea más bienes de consumo sin tener en cuenta el coste natural al que sean producidos.

Por otra parte, las autoridades soviéticas (tanto en la URSS como en Europa Oriental), han hecho todo lo posible por *mantener a la imaginación social al abrigo del miedo a un holocausto nuclear*. Cuando los hermanos Medvedev dicen que «no hay planes en la URSS para una supervivencia masiva en caso de conflicto nuclear: en los nuevos barrios residenciales de Moscú no existen refugios, mientras que el entrenamiento de la defensa civil en provincias se limita a rutinarios viajes en autobús a los bosques»<sup>13</sup>, la afirmación, de acuerdo con nuestras experiencias personales, es correcta. Sin embargo, interpretar todo esto como un signo de intenciones pacíficas refleja una confianza excesiva en la humanidad de un gobierno que envió a millones de personas a los campos de exterminio (o lo hicieron sus predecesores, cuya continuidad histórica han aceptado). Esta ne-



gligencia total (y criminal, si los dirigentes soviéticos se creen una sola palabra de su propia propaganda) de la protección de la población forma parte de un plan más amplio. Las autoridades soviéticas conocen muy bien, gracias a los informes de la policía secreta, el desinterés de la población por la amenaza nuclear, y desean que siga en ese estado de desinterés. Por consiguiente, todo lo que de lejos recuerde los peligros de un holocausto nuclear es eliminado de la vista del público. No sólo no hay refugios, ni planes, ni ejercicios en un programa de entrenamiento para la defensa civil. Las películas que proliferan en los programas de cine y televisión occidentales acerca de la catástrofe nuclear están, generalmente, prohibidas en los medios de comunicación soviéticos<sup>14</sup>. En los cursillos de entrenamiento militar para civiles (en las universidades y, a veces, para los estudiantes de enseñanza media), las conferencias minimizan las consecuencias eventuales de un ataque nuclear a veces a nivel de tebeo. Por consiguiente, una condición previa para una libre planificación estratégica y un ejercicio exclusivo y sin trabas de las prerrogativas del aparato dirigente en cuestiones estratégicas es mantener a la imaginación social en un estado de peligrosa pasividad. De este modo, la población no se entromete en las sabias decisiones del aparato, o lo hacen en mucho menor grado.

Tampoco la población de la sociedad soviética (rusa) tiene miedo al «enemigo occidental». Esta afirmación requiere una matización inmediata. El argumento general que se esgrime en apoyo de las «pacíficas intenciones soviéticas» es el hecho de sus enormes pérdidas en la Segunda Guerra Mundial. Aparte del pequeño fallo de este argumento de que fue, sobre todo, la población, incomparablemente más que el aparato incluso en términos relativos, la que sufrió las pérdidas (la dirección del partido en Leningrado sobrevivió al bloqueo mientras que cientos de miles de personas morían de hambre), y aun admitiendo que éste no sea simplemente un argumento racista prorruso, se le pueden hacer dos objeciones. Si bien la población no olvidará ciertamente la Segunda Guerra Mundial (y ésta es la razón por la que la consigna de la paz deberá siempre formar parte de los objetivos políticos oficialmente declarados), la experiencia de la abrumadora mayoría de la población de la URSS que tiene menos de 45 años no está ya configurada por los recuerdos de la Segunda Guerra Mundial, sino por otros acontecimientos cuya importancia veremos inmediatamente, en la medida en que influyen sobre las oportunidades de los movimientos antinucleares. Además, la amplitud de las pérdidas en una guerra anterior actúa en más de un sentido en cualquier comunidad nacional: puede tanto cohibir como reforzar el militarismo<sup>15</sup>. En este mismo espíritu, podríamos decir, sin faltar a una nación tan sufrida, que ciertos sectores de ella, desgraciadamente muy amplios, se comportan como cualquier otra comunidad nacional: son sumamente reacios a participar en una guerra que implicaría excesivas bajas y están dispuestos a apoyar cualquier acción militar que asegure una victoria fácil y poco costosa<sup>16</sup>. Dado que la población soviética, repetimos, no tiene miedo al «enemigo occidental», esta simple pero fundamental bifurcación en este caso *no favorece, sino que perjudica*, a los movimientos antinucleares.

Pero, ¿por qué no tienen miedo a Occidente? La respuesta podría ser dividida en dos partes. En lo que se refiere a las actitudes generales de las sociedades soviéticas (rusas) hacia *Europa Occidental*, los Medvedev resumen la situación de forma tan sucinta que no tenemos nada que añadir a la misma: «Si un comentarista de la televisión de Noruega, Suecia, Grecia, Francia, Italia, Holanda o España llegara a Moscú, ¿qué pruebas hallaría del miedo de la población soviética a una agresión por parte de *Europa*? Casi ninguna... Se podría argumentar que Alemania Occidental es un caso aparte, y, de hecho, hasta 1958-1962 todavía hubo una cierta inquietud entre la gente de la calle y ciertos sectores de la burocracia soviética acerca de las posibles tendencias revanchistas de la derecha alemana. El recuerdo de la agresión nazi está aún demasiado fresco como para despejar todas las sospechas acerca de las recónditas intenciones de Bonn, al margen de lo que pudiera sugerir el sentido común. Pero la idea de una amenaza alemana ha ido retrocedien-

do lentamente con el tiempo, especialmente desde la aparición de la *Ostpolitik*, y, aunque no completamente extinguidos, estos temores ya no desempeñan un papel importante en la opinión general soviética acerca de Europa Occidental»<sup>17</sup>.

Por lo que respecta al miedo a los Estados Unidos, ni siquiera estos autores que, como hemos afirmado, se identifican con los sentimientos de su enemigo, el aparato dirigente, pueden ofrecer una prueba de un sentimiento que no sea el del *orgullo nacional herido*. Por ejemplo, es posible que los vuelos de espionaje de los aviones U-2, de los que el público soviético sólo supo retrospectivamente (una vez derribado el primero) que se habían estado realizando durante años, provocase un sentimiento de nacionalismo ofendido que fuera más allá de los límites oficiales. En el caso de la crisis de los misiles cubanos se pueden suponer sentimientos iguales o similares (¡buena prueba de ello son los propios Medvedev!), aunque por supuesto es difícil decir hasta qué punto estaban difundidos estos sentimientos. Sin embargo, hay al menos dos sólidas razones que sugieren una ausencia de miedo al «enemigo americano». La primera es un desprecio muy extendido en la URSS hacia el concepto americano de valor, que está extrañamente mezclado con una envidia por su riqueza y una apreciación de su constitución liberal (mezcla curiosa a veces presente en la misma persona que hace voluntariamente declaraciones en nombre de una autoridad fuerte). Sin embargo, esta mezcla no es en absoluto insólita en las sociedades donde no hay libertad. De acuerdo con nuestra experiencia, la población soviética (rusa) nunca ha creído la propaganda oficial acerca de los bajos niveles de vida del capitalismo americano, ni siquiera cuando la propaganda se refería a una realidad grave (como la situación de los negros), pero casi siempre la ha creído cuando describía la «desintegración moral», la elevada criminalidad, la generalizada adicción a la droga, la falta de respeto a las autoridades y el «libertinaje sexual» de la sociedad americana. No existe el menor reconocimiento hacia el comportamiento del ejército americano en la Segunda Guerra Mundial en unas generaciones cuyos padres, por culpa de los errores y caprichos criminales de Stalin, tuvieron a menudo que tomar por asalto las trincheras y fortalezas alemanas sin artillería y, por supuesto, sin cobertura aérea, para morir inútilmente por cientos de miles. La guerra de Corea, con su ausencia de vencedor decisivo, no hizo mucho por fomentar el respeto o el miedo, y la derrota de Vietnam, pese a la enorme superioridad tecnológica de los americanos, terminó con los restos. Para el ciudadano soviético medio es una cuestión de autoestima, y es también socialmente gratificante, no tener miedo a un ejército de adictos al chicle que se rebelan impunemente contra sus oficiales. En segundo lugar, los Medvedev subestiman la inteligencia del pueblo soviético si creen que su ciudadano ruso «ordinario» no sabía que Occidente (y Estados Unidos en particular) disfrutaba de una superioridad nuclear indiscutible tanto por lo que se refiere al número de bombas como al de misiles de largo alcance entre 1945 y 1950. Después de todo, la URSS tenía, al final de la guerra, un ejército de 20 millones de soldados, de modo que un enorme número de personas tenían que estar al tanto de la realidad militar. Los ciudadanos soviéticos, de acuerdo con nuestra experiencia, conocían muy bien esta superioridad y, *por tanto*, tenían también que llegar a la conclusión de que si los Estados Unidos, por una serie de razones que no pueden ser analizadas aquí y que quizá ni siquiera figuren en la fantasía popular soviética, no intentaban destruir a la URSS *entonces*, ciertamente no se atreverían a hacerlo en un momento de igualdad nuclear o, incluso, de superioridad soviética.

Además, entre la población no hay miedo alguno a la posibilidad de que una acción soviética impetuosa y unilateral provoque una guerra nuclear. Esta confianza (que compartimos también) no debe ser considerada como un voto de confianza a unos principios ideológicos: es un sentimiento políticamente neutro pero muy extendido. Tras él se esconde una imagen bien establecida de Stalin y la firme creencia de que, al menos en este aspecto, todos los dirigentes soviéticos han sido estalinistas ortodoxos. La imagen de Stalin era totalmente opuesta a la de Trotski, a las pretensiones de este último de ser un

«Bonaparte rojo»: por el contrario, Stalin sólo puede ser visto como un «Gengis Khan cauteloso». Ciertamente intentó dominar el mundo, pero no sólo llegó a la juiciosa y resignada conclusión de que no lo conseguiría en su vida, y no sólo se sintió totalmente confirmado en su prudente actitud por las aplastantes derrotas del primer año de guerra, sino que también, y esto es lo más importante, este verdadero fundador de la dictadura sobre las necesidades sopesó, a veces con inquietud, la capacidad del «sistema mundial soviético»<sup>18</sup> de absorber, económica y socialmente, lo que había conquistado por la fuerza de las armas. Naturalmente, los intrincados detalles de esta estrategia nunca llegaron al conocimiento del ciudadano «ordinario» de la sociedad soviética. No obstante, la gente conocía una de las piedras angulares permanentes de los estadistas soviéticos: no aspirar a más de lo que puedes consumir, pero una vez que lo has agarrado, no soltarlo. El gobierno *de facto* de Brezhnev terminó cuando violó este principio embarcándose en la inganable guerra de Afganistán, y ahora estamos presenciando el comienzo de una larga marcha en la que cada cual tendrá su merecido. Ni que decir tiene que esta actitud puede ser interpretada como un hábil imperialismo o como una defensa realista del «interés patriótico» de la URSS, pero en ninguno de los dos casos genera miedo a un aventurerismo nuclear ni entre los enemigos del régimen ni entre sus partidarios. En este sentido, los «ciudadanos» soviéticos, por apolíticos que sean, son políticamente más conscientes y perspicaces que los superpolitizados activistas del movimiento antinuclear occidental. Ven en la bomba lo que es de hecho: un elemento *disuasorio*, hasta ahora la única garantía frente a nuevas guerras mundiales.

Por último, no es probable que el militarismo, rasgo notable y cada vez más importante de la sociedad soviética, avive las pasiones antinucleares por una serie de razones. En primer lugar, y aquí tenemos que citar de nuevo a los Medvedev por su perspicacia, el «ciudadano» de las sociedades soviéticas no hace responsable, ni en la URSS ni en otros lugares, a los militares de los niveles de vida muy inferiores a los de los ciudadanos de Estados Unidos o Europa Occidental: «Los gastos soviéticos de defensa, contrariamente a una creencia muy difundida, no son percibidos en general por la población rusa como una importante causa de sus dificultades económicas. El ciudadano soviético ordinario echa la culpa de la escasez, la ineficacia y la mala calidad de los productos a la omnipresente burocracia, no al ejército»<sup>19</sup>. No se trata simplemente de un caso de «falsa conciencia». En la actualidad disponemos ya de algunos análisis (Zaslavsky, Castoriadis) del mundo herméticamente cerrado del complejo militar, de las llamadas «fábricas reservadas» que pagan mejores sueldos y salarios y aseguran unas ventajas sociales de un nivel incomparablemente más alto, creando así una capa específica de asalariados que gozan de una posición mucho más acomodada que el resto. Además, G. W. Breslauer, en un nuevo libro sobre Kruschev y Brezhnev<sup>20</sup>, demuestra que los dirigentes soviéticos, desde Malenkov hasta Brezhnev, han confiado invariablemente en los «productos marginales» de la industria militar cuando han querido satisfacer las exigencias de la población con productos realmente modernos y de buena calidad, y no en la «industria pacífica». Y, lo que es igualmente importante, Zaslavsky argumenta también de forma convincente que el ejército es un importante canal de movilidad ascendente para amplias capas sociales en la URSS y, en particular, para los reclutas de los pueblos que no tienen pasaporte interior. En el ejército adquieren una formación profesional, así como una cierta experiencia de la vida urbana que, de otra forma, no podrían conseguir y, cuando son licenciados, algunos de ellos pueden, incluso, obtener el deseado pasaporte interior.

¿De qué tienen miedo los soviéticos? ¿Cuáles han sido las experiencias realmente aterradoras de los que tienen 45 años o menos? Las experiencias más aterradoras, y, al mismo tiempo, las futuras opciones amenazadoras del ciudadano soviético medio son *las guerras convencionales y los conflictos armados* en los confines del imperio soviético —principalmente en Asia, pero también en Europa—, en los que los soldados so-

viéticos se han visto o pudieran verse envueltos y cuya repetición amenaza con extenderse también a la patria soviética. Estos conflictos podrían tener lugar tanto entre Estados «socialistas» y capitalistas como entre Estados del «socialismo real». Estamos pensando en la guerra de Corea, en la que una afortunada coincidencia de sucesos hizo que no fueran enviados contingentes soviéticos («afortunada coincidencia» que, sin embargo, se pagó a un alto precio: los cientos de miles de «voluntarios» chinos muertos o heridos); la guerra de Vietnam donde, una vez más, podrían haber sido utilizados «voluntarios» soviéticos (como de hecho lo había previsto la administración americana al calcular los riesgos de un ataque frontal contra Hanoi); las acciones policiales de 1956 contra Polonia y Hungría y su repetición en 1968 contra Checoslovaquia, todas las cuales fueron operaciones a pequeña escala desde un punto de vista militar, aunque es absolutamente imposible saber cuántas decenas de miles de vidas soviéticas costaría una nueva edición de estas «operaciones de liberación»; la guerra de Ussuri en 1971 entre la URSS y la China maoísta, que se saldó con miles de vidas soviéticas y decenas de miles de vidas chinas y en la que las principales batallas se libraron con armas ultramodernas, muy cerca de un conflicto nuclear limitado; las constantes tensiones chino-vietnamitas, con el aliado soviético como telón de fondo, un estallido de las cuales, en 1977, desencadenó maniobras de la flota soviética y concentraciones de tropas en defensa de un país cuya causa y cuyas ambiciones regionales no significan absolutamente nada para el ciudadano soviético medio; y, finalmente, la guerra de Afganistán que, después de tres años, ha costado, de acuerdo con fuentes más o menos fidedignas, más de 10.000 vidas soviéticas. El peligro chino, el «peligro amarillo», es la principal pesadilla para los ciudadanos soviéticos que tienen ahora la misma sensación que antaño tuvieron los países europeos de enfrentarse a una masa humana aparentemente infinita: el rodillo del imperio ruso. La población de la URSS cree, por lo general, que sólo su superioridad tecnológica, es decir, su superioridad nuclear, puede garantizar su seguridad y actuar como instrumento de disuasión frente a una guerra convencional contra su vecino asiático. Sin embargo, esta sensación *no favorece* a los movimientos antinucleares en la URSS, sino que *los perjudica*. Sin duda, si China reuniera en un espacio de 20 ó 30 años un arsenal nuclear hasta alcanzar el nivel soviético actual, una sensación similar a la que hoy se observa en los países de Europa Occidental invadiría a amplias capas de la población soviética. Sin embargo, hasta que surja esta situación totalmente diferente es poco probable que la población rusa abandone su miedo principal a la guerra convencional y, por consiguiente, es también poco probable que se vea embargada por sentimientos antinucleares.

### *Europa Oriental: la cúspide y la base*

Al analizar los países soviéticos de Europa Oriental no es necesario dedicar un amplio espacio al análisis de la «cúspide». Puede haber, y hay de hecho, diversas diferencias de importancia entre cada uno de los países de la zona y sus respectivos aparatos dirigentes. Sin embargo, por lo que respecta a los problemas estratégicos del armamento nuclear y la preparación para una guerra nuclear, son simples emanaciones del aparato soviético-ruso y su existencia depende de un requisito previo y absoluto: no deben tomar iniciativas propias en materia de política exterior<sup>21</sup>. En este sentido, cada uno de los aparatos dirigentes puede ser analizado por lo que todos ellos tienen en común: estar al servicio de los intereses estratégicos soviéticos, que son presentados en cada uno de estos países como los intereses de la paz.

Pero sí se puede, y se debe, decir algo más de la actitud de la «base», que es tan desfavorable a los movimientos nucleares como la «base» de la URSS, pero por razones no del todo idénticas. La sociedad soviética de Europa Oriental se caracteriza también por la falta de libertad y el miedo, no por la inseguridad y la ansiedad, y ya hemos visto que son

estos últimos sentimientos los que promueven unos movimientos antinucleares en buena medida simbólicos. Sin embargo, para entender el clima político tenemos que volver a plantearnos la pregunta de antes: de qué tiene miedo y de qué no tiene miedo la población en esta región. Los países de Europa Oriental, como países ocupados, no tienen miedo a una «agresión americana». Si por algún milagro cesara el predominio soviético en esta región, cada una de las naciones elegiría, muy probablemente, rumbo totalmente distinto de los actuales, rumbo que podría ir desde las soluciones capitalistas hasta las auténticamente socialistas. Sin embargo, a pesar de esto, se puede asegurar con certeza que ninguno de los habitantes de estos países que *no* esté incorporado al aparato de poder considera a los Estados Unidos como un enemigo.

Sin embargo, hay una forma más sutil de plantear el mismo problema. Se podría afirmar que estos países tienen el «complejo de Alemania Occidental», es decir la idea, muy extendida en el movimiento antinuclear de Alemania Occidental, de que el blanco de los Estados Unidos es la Unión Soviética y que Alemania Occidental sería utilizada como campo de batalla. Esta idea ha sido elaborada por ciertos «neutralistas» de la región. Por ejemplo, Imre Nagy, el mártir del socialismo democrático en Europa Oriental que, en su famoso *Memoranda 1955*, en el que presentaba el programa que intentó poner en práctica en la efímera revolución húngara de 1956, hablaba explícitamente de la necesidad de que Hungría fuera neutral para no convertirse en un campo de batalla de las superpotencias. Pero en las generaciones posteriores a 1956 esta sensación de *peligro* se está desvaneciendo claramente. La razón es sencilla. Como resultado de la profunda decepción experimentada en Europa Oriental ante la falta de apoyo occidental a Hungría en 1956, más tarde corroborada por la cínica y tácita aprobación de la acción soviética en Checoslovaquia en 1968<sup>22</sup>, resulta difícil pensar que alguien en Europa Oriental pudiera creer a Occidente capaz de la acción extremadamente audaz necesaria para llevar al mundo al borde del holocausto. Dicho de otra forma, si Occidente no ha intervenido nunca en Europa Oriental en el pasado, cuando estaba en una situación de superioridad, ¿por qué iba a hacerlo ahora? Así pues, en resumen, Occidente se enfrenta a un problema muy arraigado de credibilidad en Europa Oriental que obstaculizará aún más la formación de movimientos pacifistas independientes a gran escala. No hay miedo a un choque nuclear entre las superpotencias por el excesivo celo americano en «liberar» a Europa Oriental.

Tampoco hay miedo alguno a un golpe o una amenaza nuclear soviética. La idea de un posible ataque nuclear soviético a un objetivo de Europa Oriental deja inmediatamente de sonar tan absurda como pudiera parecer a primera vista si imaginamos una resistencia tenaz y encarnizada de los polacos a una intervención militar soviética. De hecho, si Stalin hubiera estado en condiciones de igualdad nuclear, no habría sido posible excluir la posibilidad de que hubiera tratado de atacar las ciudades yugoslavas, ya que su realismo tenía sus límites cuando se encontraba con una oposición *más débil*. Pero en el fondo los ciudadanos de Europa Oriental tienden a considerar que el ejército soviético estacionado en su territorio es la *gendarmería* del imperio soviético. Su deber consiste en mantener el «orden», disolver los posibles motines, sofocar las revoluciones, pero *no* transformar las regiones, convenientemente incorporadas a la mecánica del sistema mundial soviético, en yermos nucleares.

Sin embargo, el *pacifismo* desempeña un papel incomparablemente mayor en la base de las sociedades de Europa Oriental que en la sociedad soviética rusa, especialmente en lo que respecta a la versión religiosa del pacifismo. En un documento publicado por un supuesto «movimiento pacifista independiente de Hungría», que hemos estudiado con el mayor escepticismo, podemos leer, sin embargo, la siguiente e interesante declaración: «Mientras que el movimiento estudiantil se ha ocupado exclusivamente del desarme, los

grupos religiosos, llamados *comunidades de base*, se han ocupado del militarismo en general. Aparecidas por primera vez en la década de 1960, las comunidades de base se han extendido por toda Hungría. Hay ahora unas 300 comunidades de este tipo, cada una de las cuales cuenta con 30 ó 40 miembros. Están en contra del reclutamiento obligatorio y buscan una alternativa civil al servicio militar. Son realmente pacifistas y son especialmente populares entre los laicos católicos»<sup>23</sup>. Este es un hecho importante que representa la única alternativa o el único sustituto de los movimientos antinucleares de Europa Occidental en las sociedades de Europa Oriental.

Estos movimientos son posibles cuando y donde *la militarización de la vida diaria se torna excesiva e insostenible*. El país más idóneo para esta tendencia es, obviamente, la República Democrática Alemana, donde las viejas tradiciones prusianas se combinan con el autoritarismo soviético. Citemos un breve pasaje de Resolución de la Iglesia provincial de Sajonia reunida en Halle sobre el problema de la paz: «Comprendemos, afirmamos y defendemos los intereses de nuestro Estado en materia de seguridad. Sin embargo, tenemos que manifestar nuestra preocupación por el hecho de que el ejército impregna toda nuestra vida social en un grado creciente: desde los desfiles militares hasta los jardines de infancia, desde los bosques reservados hasta los criterios de admisión en la enseñanza superior, desde los juguetes de los niños hasta los ejercicios de entrenamiento de la defensa civil. Todo esto no está al servicio de una auténtica seguridad y del futuro de nuestras vidas. Como resultado de ello, por una parte se generará inquietud y, por otra, la gente se acostumbrará a una posible guerra: tal vez con ello se consiga la disciplina, pero no seremos capaces de construir la paz de forma creativa»<sup>24</sup>.

¿Por qué tienen más éxito los movimientos pacifistas en las sociedades soviéticas de Europa Oriental que en la rusa? Una de las razones es que en las primeras el ejército nunca proporciona una vía tan notable de ascenso como lo hace en la URSS. Obviamente, allí donde la gente se queja de la militarización de la vida, el reverso de la medalla debe ser un papel relativamente mayor del ejército, que al menos tiene que servir como uno de los canales de ascenso. Algunos de los países del Pacto de Varsovia (y en especial Polonia) tienen, de hecho, ejércitos y armadas que son, en lo que respecta a su tamaño, superiores a algunos de los principales ejércitos y armadas de Europa Occidental. Pero los dirigentes soviéticos no confían nunca plenamente en estas fuerzas armadas que, por consiguiente, son incorporadas de forma orgánica a través del Pacto de Varsovia, al ejército soviético. Por tanto, si la tesis de los Medvedev acerca de la inexistencia de un complejo militar-industrial independiente se aplica a alguna sociedad soviética, es a las de Europa Oriental y no a la rusa. Sin embargo, esto significa, con independencia del grado de militarización, una importancia y un papel social reducidos del ejército en estos países que, a diferencia de la sociedad soviética rusa, ofrecen desde el punto de vista social otras posibles vías de ascenso. Otra razón es que la libertad religiosa, incluida la de las sectas que, por lo que sabemos, son aún más hostiles a las fuerzas armadas que los laicos católicos, es mucho mayor en Europa Oriental que en la URSS. Por último, la distancia entre el servicio militar y la vida civil en las sociedades soviéticas de Europa Oriental es tan grande que hace que el servicio militar sea poco atractivo y no represente una salida a un atolladero social para el ciudadano medio. Todos estos factores favorecen, al menos, la posibilidad de un amplio movimiento pacifista.

Pero, ¿cuál es y cuál podría ser la fisonomía de este movimiento pacifista? Por fuerza tiene que ser abrumadoramente religioso y apolítico. Su carácter religioso es un rasgo más o menos inevitable: es la única consideración que el «Estado socialista», en sus épocas más liberales, está dispuesto a aceptar para el rechazo del servicio militar. Si el aparato dirigente no lo aceptara abriría las puertas a un movimiento de desobediencia general. Como resultado de ello, incluso los jóvenes con creencias religiosas muy tibias o sin creencias religiosas tienen que alegar una «objeción de conciencia» de carácter religio-

so. El carácter apolítico del movimiento puede ser deducido del documento de Alemania Oriental antes citado. Obviamente, sería totalmente gratuito hacer profundos análisis para decidir si los que han redactado el documento piensan de hecho como lo sugiere el documento. Lo importante es que, como pacifistas, tienen que aceptar la autoridad del Estado en todas las cuestiones políticas salvo en aquélla en torno a la cual se aglutinan y organizan: la negativa a participar en cualquier violencia (aunque sea potencial). Así pues, por razones de principio este movimiento no es capaz de influir en las estrategias estatales.

### *Movimientos orientales y movimientos occidentales: ¿es posible el diálogo?*

Si, como hemos argumentado, no hay ninguna probabilidad seria para un movimiento antinuclear independiente, ni en la URSS ni en las sociedades soviéticas de Europa Oriental, ¿es posible mantener un diálogo razonable entre la oposición oriental y los movimientos occidentales, teniendo en cuenta que desde finales de la década de 1970 estos últimos están fundamentalmente centrados en cuestiones ecologistas y pacifistas? Creemos que la mera formulación de esta pregunta provocará inmediatamente comentarios hostiles en muchos militantes de Europa Occidental. ¿Por qué un diálogo sólo con la oposición?, preguntarán muchos de ellos. ¿Por qué hemos de aislarnos de las organizaciones pacifistas oficiales? Nuestras respuestas a estas preguntas deberían deducirse claramente de nuestra tesis de que las organizaciones pacifistas oficiales forman parte integrante de la política y la estrategia oficiales del Partido. Mientras estas organizaciones se nieguen incluso a admitir que el armamento nuclear soviético podría, aunque fuera hipotéticamente, convertirse en una fuente de peligro para la humanidad, seguirán siendo instrumentos funcionales para alcanzar los objetivos oficiales y en modo alguno movimientos independientes.

Sin embargo, la cuestión más importante para nosotros sigue siendo la de si los movimientos tienen realmente la intención de confluir con otros movimientos o si se contentan con hacer simplemente gestos simbólicos. Si los militantes occidentales piensan seriamente en una cooperación con los movimientos del Este no necesitan una gran perspicacia política para darse cuenta de que los movimientos realmente autónomos son muy escasos. Además, deben reconocer también que el historial de la cooperación con estos movimientos hasta la fecha no es algo de lo que los miembros de la izquierda occidental puedan estar orgullosos. Los dos principales movimientos pacifistas de Europa Occidental, el británico y el alemán, unas veces tras un tibio gesto simbólico de protesta y otras sin siquiera ese gesto simbólico, volvieron en diciembre de 1981 la página de Polonia en el libro de la historia. Y los militantes antinucleares que de forma acrítica participan en los carnavales pacifistas, negándose, en general, a plantearse la pregunta de quién recluta a los manifestantes soviéticos que se manifiestan como ellos y, además, negándose a plantearse ninguna pregunta acerca de la situación de Sajarov, ese super-Oppenheimer, el único auténtico héroe científico de la lucha antinuclear en la URSS, y cierran los ojos ante el destino de los miembros del movimiento pacifista autónomo soviético detenidos o puestos bajo arresto domiciliario durante la visita de los activistas pacifistas occidentales y acusados más tarde de «calumnias a la Unión Soviética», no harán la menor contribución a la causa que ellos juzgan esencial para el futuro de la actual civilización. Precisamente por esta razón no será nunca excesivo el hincapié que hagamos en el significado de los gestos dentro del movimiento antinuclear, que ponen en tela de juicio el valor de la fachada oficial soviética de «las pacíficas intenciones de la comunidad social» y exigen hechos y no sólo palabras halagadoras de los dirigentes soviéticos, hechos que revelen, al menos, un mínimo de tolerancia hacia los movimientos sociales autónomos sin la cual no

hay la menor esperanza de solución pacífica a los problemas mundiales. En especial E. P. Thompson, uno de los fundadores teóricos y prácticos de los movimientos pacifistas de Europa Occidental, pide enérgicamente en sus últimas declaraciones y discursos que no se dé ningún crédito a la pretensión soviética de ser «el único guardián y garante de la noble causa de la paz». Sean cuales fueren los términos reales de estas declaraciones, van *más allá* de la crédula e ilusoria unilateralidad del movimiento británico original, por cuanto exigen una acción recíproca por parte de *ambas* superpotencias como única base de credibilidad. Aun cuando, por el momento, estos importantes procesos están aún al nivel de gestos (si bien están representados en los diversos movimientos pacifistas de forma cada vez más significativa por grupos de fuerza variable), sirven para destruir las ilusiones acerca de las sociedades soviéticas, tan extendidas en los movimientos antinucleares, así como para contrarrestar las manipulaciones soviéticas y prosoviéticas y crear una mayor conciencia en el propio movimiento.

El dilema subyacente puede ser formulado en términos de «problemas de comunicación». Incluso cuando hablamos de militantes con una verdadera intención de combinar la libertad política con la supervivencia, debemos reconocer que tanto en el Este como en el Oeste se trata de personas que han experimentado una socialización política en un clima social radicalmente diferente. Uno de los grupos vive en un mundo de inseguridad, habla el lenguaje de la inseguridad (que desde hace una década ha reemplazado al lenguaje de la alienación) y, por consiguiente, percibe diversas amenazas fundamentales, y por otra parte auténticas, a la propia existencia de nuestra civilización. Pero este movimiento está, al mismo tiempo, lleno de intolerancia irracionalista y cerrado a todo argumento racional cuando sus principales valores se ven afectados, y esto ocurre en mayor grado que en otros movimientos. El otro grupo ha sido socializado, desde el punto de vista político, en una sociedad de falta de libertad y habla el lenguaje de la falta de libertad, y poco importa que lo haga con acento de aprobación o desaprobación. La percepción del tiempo que tiene este grupo es de corto alcance: sus miembros no están interesados por las cuestiones estratégicas del mundo en el que viven, no están especialmente inquietos por las amenazas ocultas. Los problemas que les preocupan son mucho más visibles. Por consiguiente, son mucho más realistas en lo que respecta a los diversos problemas relacionados con la cuestión de la paz. Por ejemplo, como ya mencionamos, la gran mayoría de la población de las sociedades soviéticas, de acuerdo con nuestra experiencia personal, está firmemente convencida de que la bomba *actúa* como elemento de disuasión: de otra forma estaríamos metidos hasta el cuello en una nueva guerra mundial o en guerras regionales igualmente devastadoras, por ejemplo, entre China y la Unión Soviética. Por otra parte, son igualmente ciegos e impenetrables en lo que respecta a ciertos peligros, y especialmente a los que más preocupan al militante antinuclear de Occidente, del mismo modo que éste lo es en lo que respecta a otros. No hay forma de convencer a la población de una zona subindustrializada de cualquier sociedad soviética carente de bienes industriales elementales y ciertas comodidades, incluida a menudo la electricidad, de que una central nuclear *podría* tener efectos secundarios peligrosos. El hecho de que no tengan la menor participación en la eficacia de las medidas de seguridad no es más que un apéndice de una peligrosa indiferencia<sup>25</sup>.

En última instancia, los «problemas de comunicación» y sus causas se reducen a la siguiente fórmula. Hay un determinado tipo de activista social en Occidente que vive *preocupado por el posible suicidio de una civilización*. Esta atmósfera del Día del Juicio Final (término que forma parte del léxico hoy a la moda) ha de ser entendida en un sentido literal, ya que hasta la fecha no ha habido nunca una civilización entera que contemplara el suicidio (aunque sí ha habido comunidades aisladas). La idea tiene, por tanto, una aureola semirreligiosa, semimística (al margen de la realidad o irrealidad de las señales de alarma y las predicciones). Su sentido del tiempo es el siguiente: tal vez estemos más



allá del punto sin retorno; su mitología está repleta de oposiciones dramáticas: la vida frente a la muerte, la salud frente al «tumor canceroso» en el cuerpo de la civilización, lo orgánico frente a lo artificial. El contenido final de esta inquietud es la fuerte sensación de una Nueva Caída, la duda y, en muchos ya, la convicción de que el «progreso» es un veneno. Está muy claro que éste es el movimiento romántico más importante y más influyente del mundo de la postguerra.

En la medida en que existen movimientos de este tipo en las sociedades soviéticas, y no sólo luchadores morales aislados, expresan un sentimiento vital diametralmente opuesto. Para ellos no hay suficiente, pero en un sentido diferente: el «progreso» no ha traído la abundancia implícitamente prometida a quienes aceptaran las «restricciones temporales» y ciertamente no ha traído la libertad. El sentido del tiempo de este tipo de activistas es, una vez más, totalmente opuesto al del romántico anticapitalista de Occidente: no se trata de un Día del Juicio Final, del cercano y amenazador fin de una civilización, sino más bien de la eternidad, de la duración infinita de un mundo que tal vez pueda ser habitable pero que ciertamente no es la «tierra» del progreso prometida. Por consiguiente, la mitología es también diferente. La «oscuridad en pleno día» sigue siendo un símbolo importante aquí, pero ahora significa la oscuridad de un túnel que no acaba nunca. Si al final del túnel parece que hay luces, es sólo un espejismo, una promesa que nunca se materializa. Es un mundo en el que prevalece el mito de la eterna repetición, ese mito de la desilusión, donde todo empieza siempre de nuevo para terminar de la misma forma humillante y frustrante. Y entonces la historia comienza otra vez.

¿Hay, pues, alguna posibilidad de diálogo entre dos fuerzas socializadas de forma tan distinta? Creemos que sí la habría si ambas hablaran el lenguaje de la libertad y la democracia. Es inútil que el militante occidental busque en un mundo totalmente ajeno al suyo gente que tenga sus experiencias vitales. Pero no es inútil, sino provechoso, buscar aliados en la lucha para controlar unos procesos fundamentales para la vida social que están ahora totalmente en manos de unas pequeñas y despiadadas élites del poder. Si la cuestión de la supervivencia se combinara con la de la democracia (y para los socialistas ésta significa democracia radical) podría comenzar un auténtico diálogo, tanto en el Este como en el Oeste.

© Agnes Heller y Ferenc Feher  
Traducción: Pilar López

<sup>1</sup> En este artículo la expresión «sociedades soviéticas» designa a la Unión Soviética y su imperio de Europa Oriental, y no a las sociedades soviéticas de Asia.

<sup>2</sup> El mejor análisis de dicho fenómeno puede encontrarse en Víctor Zaslavsky, *The Neo-Stalinist State*, Nueva York y Brighton, M. E. Sharpe-Harvester, 1982.

<sup>3</sup> Es casi divertido detectar los síntomas de esta asimilación al chovinismo imperialista ruso: en un determinado momento, los hermanos Medvedev hablan de los «tristes días» de la crisis de los misiles cubanos (Roy Medvedev y Zhores Medvedev, «The URSS and the arms race», *New Left Review*, 113, noviembre-diciembre de 1981, pág. 13). Pero, ¿para quién fueron tristes? Obviamente no hay ninguna razón para que los socialistas se preocupen por las posiciones estratégicas americanas, especialmente cuando todo el asunto se desarrolla en el marco de una desmesurada capacidad de destrucción. Tampoco hay ninguna necesidad de sentirse «humillado» en nombre de los misiles soviéticos. Porque, como se preguntaba muy correctamente Alan Roberts, ¿qué es eso de las «bombas socialistas»? (A. Roberts, «Preparing to fight a nuclear war», *Arena*, 57, 1981, págs. 45-93). Podemos recordar nuestros sentimientos de *entonces*, los de unos comunistas reformistas heréticos de la era de Krushev. Una vez más, Krushev metió la pata y de este modo puso de nuevo en peligro las posibilidades de unas reformas estructurales insinuadas muy a menudo pero siempre postpuestas.

<sup>4</sup> Muy a menudo, las auténticas intenciones de los dirigentes soviéticos (rusos) son descifradas por sus sicofantes de Europa Oriental. *Recomendamos encarecidamente* la lectura de la siguiente cita de Heinz

Hoffmann, Ministro de Defensa de Alemania Oriental, a todos los activistas del pacifismo Occidental: «Por mucho sufrimiento que causara a los pueblos, y especialmente a los del mundo capitalista en este conflicto final y decisivo entre el progreso y la reacción, no sería, sin embargo, más que una guerra justa por nuestra parte. No compartimos la idea defendida dentro del movimiento pacifista, incluso por los progresistas, de que una guerra justa no es ya concebible en la era nuclear, como tampoco aceptamos la tesis de que una guerra de misiles nucleares no sería la continuación de la política de lucha de clases, sino un infierno nuclear, un día del juicio final». Heinz Hoffmann, «Sozialistische Landesverteidigung», en *Aus Reden und Aufsätzen, 1974 bis Juni 1978*, Berlín, 1979, pág. 221.

<sup>5</sup> R. y Z. Medvedev, *op. cit.*, pág. 18. La gravedad de esta afirmación es corroborada por las palabras antes citadas del Ministro Hoffmann.

<sup>6</sup> Véase nuestro libro, en colaboración con George Markus, *The dictatorship over needs*, Oxford, Blackwell, 1983.

<sup>7</sup> Mao Zedong fue quizá el único estadista del mundo que se mostró armoniosamente optimista acerca del resultado de un holocausto nuclear en el que la mayoría de la humanidad perecería, permitiendo al resto vivir en libertad, como afirmó en la Conferencia Mundial de Partidos Comunistas celebrada en 1960 en Moscú.

<sup>8</sup> Se nos podrían hacer las siguientes objeciones al hecho mismo de plantear esta pregunta: ¿no es razón suficiente para empezar el movimiento antinuclear ahora que Schlesinger, entonces Secretario de Defensa, hablara ya en 1973 de la posibilidad de ataques nucleares de carácter «quirúrgico» que no implicaran un conflicto total? ¿No es razón suficiente que, mucho más tarde, el Presidente Reagan mencionara la posibilidad abstracta de una guerra nuclear limitada, aun cuando esta opción fuera posteriormente rechazada de forma rotunda (incluyendo un inútil desmentido de la autenticidad de las declaraciones del Presidente) por su equipo y por el departamento de Estado? ¿No es razón suficiente que sigan surgiendo nuevas armas que o bien son tan «puras» que «sólo» matan a los seres humanos pero no destruyen las ciudades y las industrias, o bien son tan limitadas que supuestamente sólo aniquilan a una parte del mundo, y no a la totalidad? ¿No es razón suficiente que la parte de tensión que había sido eliminada al término de la guerra fría fuera reimportada a Europa por los misiles de medio alcance, acompañada del vigoroso lenguaje de la cruzada contra el comunismo, además de la casi total destrucción por la actual Administración de toda comunicación entre las superpotencias? Estos hechos son innegables y, en su conjunto, no sólo contienen una condena moral de la política exterior americana, sino que también demuestran la ineptitud de ésta, que al final ha conseguido reducir el carácter disuasorio de sus propios instrumentos de disuasión entre una parte de la opinión pública. Estos hechos son también factores parciales —pero sólo parciales, no primordiales— del surgimiento de los movimientos antinucleares. En primer lugar, cualquier estudio del clima político de los años cincuenta, cuando no había más movimiento pacifista que la organización mundial prosoviética de carácter oficial, mostraría un alarde mucho más abierto de la superioridad nuclear americana y unas amenazas mucho menos veladas de utilizarla, tanto por parte de prensa como de los políticos. Además, aun en el caso de que la opinión pública no estuviera quizá familiarizada con los detalles, básicamente todo el mundo sabía que MacArthur exigía de forma terminante el uso de armas nucleares (y rayos láser) contra las tropas chinas. Entonces, la opción fue rechazada por la Casa Blanca. Pero la crisis de Corea podría haber servido igualmente como estímulo para un futuro uso de las armas nucleares o para una futura abstención de las mismas. Un hecho mucho más importante, que nosotros consideramos como el factor crucial, es que si observamos de forma paralela la política exterior de ambas superpotencias, resulta evidente que mientras que en Estados Unidos se ha fortificado la retórica beligerante, la indecisión ha crecido y esta gran potencia ha sufrido humillaciones, como la infligida por Irán, que habría sido inconcebible quince años antes sin que Estados Unidos considerara seriamente la posibilidad de tomar represalias militares. (O, en caso de que hubiera considerado dicha acción, ésta habría sido desaprobada por sus expertos militares, lo que es también un hecho significativo.) Al mismo tiempo, la agresividad soviética aumenta año tras año, y la URSS lleva envuelta tres años en su propio Vietnam: la guerra de Afganistán. (Ni que decir tiene que la política de Estados Unidos en Centroamérica sirve como excusa para aquélla a Andropov. En una reciente entrevista mencionaba, en una comparación lúcidamente maquiavélica, que la URSS defiende sus intereses nacionales en Afganistán en la misma medida en que los Estados Unidos lo hacen en Centroamérica.) La guerra de Afganistán, así como la evidente indiferencia que rodea a esta situación bastante obvia y pública, nos convence una vez más de que no ha sido la aparición de preparativos para la guerra en Estados Unidos, sino la aparición general en Occidente de un sentimiento de inseguridad (junto con una serie de factores colaterales) lo que ha desencadenado la actual dinámica de los movimientos antinucleares.

<sup>9</sup> Véase su entrevista en *Le Nouvel Observateur*, 26 de junio de 1982, págs. 36-37.

<sup>10</sup> En este punto, simplemente queremos dejar muy claro que todo esto es ciertamente una crítica a los movimientos, pero *no* una observación condescendiente e irónica acerca de su inutilidad. Sus posibilidades democráticas son enormes y tienen una importancia crucial para el radicalismo occidental no doctrinario.

<sup>11</sup> Como se puede leer en el interesante artículo de J. Kis, «Quelques idées pour l'opposition hongroise», *Esprit*, febrero de 1983, un tipo específico de inseguridad y ansiedad colateral está surgiendo ahora en los países relativamente acomodados de Europa Oriental ( Hungría, Checoslovaquia, Alemania Oriental). Miran al escaparate polaco y rumano y se preguntan: ¿cuándo nos ocurrirá esto a nosotros? Pero este es un tipo *concreto* de inseguridad, con un objeto tan tangible que tal vez no pueda ser comparado con el de tipo Occidental.

<sup>12</sup> R. y Z. Medvedev, *op. cit.*, pág. 17.

<sup>13</sup> R. y Z. Medvedev, *op. cit.*, pág. 18.

<sup>14</sup> Hemos oído, aunque no hemos podido verificarlo, que *Juegos de guerra*, de Peter Watkins, fue proyectada en la televisión soviética. Si esto es cierto, es una notable excepción, obviamente por motivos tácticos, a una regla por lo general muy estricta.

<sup>15</sup> Por ejemplo, en la Francia posterior a la Primera Guerra Mundial, el elevado número de víctimas de la guerra tuvo, pese a la victoria, un efecto paralizador tanto sobre los dirigentes como sobre la población en los días críticos de la invasión alemana, mientras que en la Alemania del mismo período alimentó un militarismo agresivo e incluso suicida.

<sup>16</sup> A pesar de nuestras reservas metodológicas, esto se ha visto corroborado por una investigación sociológica llevada a cabo de forma clandestina por V. Zaslavsky sobre las reacciones populares a la invasión soviética de Checoslovaquia: véase *The Neo-Stalinist State*, *op. cit.*

<sup>17</sup> *Ibid.*, págs. 8-9.

<sup>18</sup> En un futuro proyecto desarrollaremos esta categoría inspirada en la obra pionera de Wallerstein sobre el sistema mundial capitalista.

<sup>19</sup> *Op. cit.*, pág. 20.

<sup>20</sup> *Khrushchev and Brezhnev as leaders: building authority in Soviet politics*, Londres, Boston y Sydney, George Allen and Unwin, 1983.

<sup>21</sup> Como es bien sabido, la hostilidad soviética al régimen de Ceasescu, uno de los más opresivos de la zona, está motivada precisamente por los coqueteos rumanos, principalmente por razones de política interior, con una presunta independencia nacional y una política exterior propia.

<sup>22</sup> De hecho, sabemos por el libro de Z. Mlynar, *Night frost in Prague*, Londres, C. Hurst and Co., 1980, que la aprobación americana fue algo más que táctica. Brezhnev informó a los dirigentes checos capturados de sus negociaciones secretas con el Presidente Johnson en los siguientes términos: «Le pregunté al Presidente Johnson si el Gobierno americano reconoce todavía plenamente los resultados de las conferencias de Yalta y Postdam. Y el 18 de agosto recibí la respuesta: por lo que respecta a Checoslovaquia y Rumania, los reconoce sin reservas; en el caso de Yugoslavia, habría que discutirlo. Así que, ¿qué creen que va hacer por ustedes? Nada. No habrá guerra», pág. 241. Esta notable pieza de política de Estado, cuya lectura recomendamos de nuevo encarecidamente a los militares antinucleares de Europa Occidental tan preocupados por la capacidad de beligerancia americana, no merece especial atención por el cinismo recíproco implícito en ella, que ha sido subrayado por nosotros desde el principio, sino sólo por la imbecilidad de la política exterior americana. De hecho, fue una abierta recomendación de actuar contra Rumania (Yugoslavia no podía entonces ser el objetivo, pero sí Rumania), así como contra Checoslovaquia.

<sup>23</sup> *The new Hungarian peace movement*, comp. por F. Köszegi y E. P. Thompson, Londres, European Nuclear Disarmament, 1982, pág. 12.

<sup>24</sup> «Vorschlag: Reduzieren der SS20 und der Panzar», «Beschluzur Friedensproblematik der provinziäl-sächsischen Kirche gefasst in Halle», en *Friedensbewegung in der DDR, texte 1978-1982*, comp. por Wolfgang Buscher, Peter Wensierski y Klaus Wolschner en colaboración con Reinhard Henkys, Hattingen, Edition Transit, 1982, pág. 207.

<sup>25</sup> No hay que interpretar nuestra objetividad como observaciones prudentes de unas personas que están *au dessus de la mêlée*. Somos dolorosamente conscientes del proceso extremadamente lento mediante el cual, después de dejar una sociedad soviética, llegamos a darnos cuenta de que ciertas cuestiones vigorosamente defendidas por nuestros amigos occidentales son simplemente expresiones de una neurosis colectiva.